

ENRIQUE GONZALEZ DURO

Psiquiatra



Los ricos no quieren cárcel

El deseo de la propia muerte, el poder decidirla libremente en una situación límite, es algo implícito en la condición humana, y sería sumamente angustioso tan sólo el imaginarse la negación de esa última opción vital. El suicidio es, seguramente la acción más personal que un individuo cualquiera pueda asumir en su vida, y sin embargo produce siempre, en tanto que es divulgado, un fuerte impacto social. Porque la autodestrucción voluntaria es además una forma de agresión indirecta que hace a los demás sentirse molestos, ofendidos o culpables. Parece como si la sociedad, en la que la vida del ciudadano es de Dios o pertenece al Estado, se sintiese amenazada en sus cimientos por las personas que se matan a sí mismas, al contrario de lo que suele suceder cuando otras personas son ejecutadas a muerte con todos los pronunciamientos legales. De cualquier modo, el suicidio individual tiene un significado social, a menudo ajeno a las verdaderas motivaciones personales del que lo hace, un significado de protesta o denuncia, de venganza, de catarsis autojustificatoria, de autoafirmación purificadora, de restablecimiento del honor perdido, de reparación póstuma del amor también perdido.

FANTASIA DE INMORTALIDAD.— A menudo, el suicidio se presenta públicamente como una autopropetución paradójica, con una cierta fantasía de inmortalidad, plasmada en un mensaje escrito y dirigido a los familiares o a la sociedad. Tal es el reciente caso de Gabriele Cagliari, suicidado el pasado 21 de julio, tras pasar más de cuatro meses en prisión acusado de haber desviado fondos del Instituto de Hidrocarburos Italiano que presidía a un partido político. «He reflexionado intensamente y ya no puedo soportar más esta vergüenza. Los jueces nos tratan como a perros encerrados en una perrera», ha dejado escrito en su último mensaje. En cartas anteriores, Cagliari había criticado todo el sistema judicial y carcelario italiano, como

rebelándose contra la «monstruosa» unión entre los jueces y «una opinión pública con deseos de venganza más que de justicia». Había renunciado a cualquier privilegio en la prisión, quedándose en compañía de los presos comunes y siendo tratado como uno más, como un perro en una perrera. Y, por propia experiencia, supo que la cárcel no era precisamente un hotel de cinco estrellas, como dicen todos los que creen que jamás irán a ella, sino una institución que degrada y destruye a las personas, un «instrumento de tortura psicológica», como él mismo ha dejado escrito. No pudo soportarlo mucho tiempo, porque ciertamente la cárcel no se hizo para personas como él, inteligentes, cultas y adineradas, ni para los delincuentes de cuello blanco, ni para los políticos corruptos, sino sólo para los delincuentes comu-

nate italiano Raul Gardini, que siempre había vivido con toda clase de lujos y relacionado con las más altas esferas, y que se ha suicidado dos días después de Cagliari, poco antes de que se le cursase una orden de arresto. Su antiguo hombre de confianza, el ingeniero Garofano, había declarado a los jueces que Gardini había ordenado crear «disponibilidades extracontables» —o sea, dinero negro— para pagar cuantiosas comisiones a dos partidos políticos italianos. En modo alguno estaba dispuesto a ir a prisión, porque intuía que eso supondría su muerte en vida. Y decidió dispararse un tiro en la sien el pasado 23 de julio, estando solo en la planta baja del Palacio de Belgioioso, un edificio del siglo XVIII próximo al teatro de la Scala donde tenía su residencia milanese, y mientras su esposa permanecía «recluida» en un hotel de lujo en la playa de Ravenna. Era su única salida, no podía hacer otra cosa dado su modo de pensar: «Soy de los que piensan que la vida debe vivirse hasta el fondo, sin límites», había dejado escrito en un libro autobiográfico. Y en la cárcel todo son límites, y a los presos los tratan como a perros. Tras el suicidio, un brevísimo mensaje a su esposa y a sus tres hijos: «Grazie». Un intento de recuperación póstuma del amor ¿perdido?

Soy de los que piensan que la vida debe vivirse hasta el fondo, sin límites», había escrito Gardini. Y en la cárcel todo son límites, y a los presos los tratan como a perros

nes, para los presos pobres, para gentes nada influyentes aunque curtidas y habituadas a sobrevivir en las peores condiciones. Para gentes que si mueren allí, o se suicidan, apenas se entera nadie.

No puede extrañar que la cárcel fuese mucho peor que la muerte para el gran mag-

CAMBIO SOCIAL EN ITALIA.— No es extraño que un rico prefiera el suicidio a la cárcel. Lo verdaderamente raro es que los ricos vayan a la cárcel. Más de trescientas personas están siendo investigadas por los jueces italianos sólo en la ciudad de Milán, y cientos más en el resto del país. Entre los investigados figuran ciento cincuenta y tres diputados y senadores. Como Cagliari, un millar de sospechosos de corrupción ha pasado ya por las cárceles. Algo importante parece estar pasando, algo comienza a cambiar en la sociedad italiana... Por contra, aquí los políticos no se suicidan, pero tampoco van a la cárcel.

CONTRA LA CONFUSION

¿Modernidad?, no gracias

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

El paquete ministerial se adorna de progreso y modernidad ante una sociedad a la que ese mismo gobierno ha conducido a un estado de regreso. El envoltorio atrae a sectores instruidos que no deberían tener motivos para dejarse engañar. Porque progreso y modernidad no son conceptos hermanos. Y cuando se cruzan, no se pueden ni ver. Sólo en raras ocasiones, si la moda de la razón prevalece sobre el modo del sentimiento, caminan en la misma dirección. Una sociedad progresiva no da lugar a preocupaciones decadentes de modernidad. La idea de progreso, derivada de la creencia en la evolución, brota de un ingenuo optimismo de la inteligencia. La de modernidad, vinculada a la de transición, se nutre de un malicioso pesimismo de la voluntad. El progreso, como proyecto, supone una confianza de civilización, una afirmación del presente en nombre del futuro. La modernidad, como programa, es una desconfianza de cultura, una crítica del pasado inmediato en nombre del pasado lejano. El progreso enlaza con la ética del trabajo. La modernidad, con la estética del producto y del derroche. El vicio de aquél es la hipocresía. El de ésta, el cinismo. Los héroes del progreso, acumuladores de saberes o riquezas, son investigadores y empresarios. Los de la modernidad, productores de escándalos o guerras, son artistas y políticos.

El problema de la modernidad es dramático. Para triunfar debe fracasar como novedad y convertirse en rutina. Si es auténtica, su triunfo no llega hasta que se encierra en los museos del arte y de la historia. Pero la novedad gubernamental tiene garantizado su éxito inmediato. Nace ya marcada con el estigma de la rutina, con la inercia del consenso a retrotraer el estado de la economía a los ciclos de su período clásico. Tendremos suerte si el viaje de la modernidad termina ahí. Porque «modernus» y «consensus» fueron inventados por el cristianismo oficial de la edad media, frente al «disensus» de la antigüedad clásica. Y desde entonces, la querrela de los antiguos o modernos, del espíritu de conquista o de comercio, del arte por el arte o por otra cosa, ha marcado las transiciones a la modernidad con el signo de la reacción. No es un azar que el Renacimiento inicial y la Revolución postergada sitúen su ideal en la Roma clásica, o que la Restauración ponga el suyo en la Edad Media. Tampoco lo es que Marx y Baudelaire inauguren, al mismo tiempo, las penúltimas modernidades, con una crítica a la ética y la estética de la Ilustración, en nombre de un romántico ideal de economía y arte prehistóricos. ¿Hace falta recordar la modernidad futurista del fascismo? ¿Y no ha sido el posmodernismo la expresión cultural del tacherismo-reganismo? Guerras nacionalistas, sida, droga, sectas, racismo, quiebras y paro están liquidando las costumbres cínicas de la posmodernidad. Pero esta decadente y reaccionaria manifestación de la cultura sigue viva en la ideología del consenso de los que no creen en la democracia, ni en la virtualidad de la razón para orientar los sentimientos colectivos.

La única modernidad que podría escapar a su trágico destino es la de la Ciencia y la del Estado. Pero la ausencia de la razón en la vida española de la transición ha dejado la investigación y la administración bajo el gobierno de los sentimientos de poder y de prestigio personales. No hay racionalidad de los medios ni sentimiento de las finalidades sociales del Estado. La razón y el sentimiento de lo público se han situado en el reparto de los medios en función del equilibrio de las esferas particulares de poder. ¿Es ésta la modernidad que promete el taumaturgico pacto social? Eso tiene de moderno lo que la humanidad de antiguo. La forma mixta de gobierno (oligarquía con apoyos democráticos) fue el ideal de los griegos al acabar la hegemonía de la democracia ateniense. ¿Acaso consiste en la intervención de España, como acólito, en el desconcierto mundial poscomunista? Queda, por fin, la modernidad de las comunicaciones entre lo que separa la tradición. Por un lado, trenes, carreteras, teléfonos y todo lo demás. Por otro, consejos de Estado y de administración del capital financiero con la «cabeza de obra» socialista. Esa es nuestra modernidad, la de Primo Rivera, Calvo Sotelo y Largo Caballero. La transición tenía que ir —más allá de Franco y la República— hasta el final de la Restauración, para legitimarse.

250 PLAZAS

AGENCIA ESTATAL TRIBUTARIA

Convocadas (BOE 15.7.93) para Administrativos de Hacienda. Con BUP, FP2 o equiv. Retribución: 2.000.000-2.400.000 pts.

Disponemos de textos de preparación. Solicite urgente información con modelo oficial de instancia.



CENTRO DE ESTUDIOS ADAMS

MADRID • BARCELONA • VALENCIA • SEVILLA
Sagasta, 23; 28004 Madrid (91) 445 93 35 • Bailén, 126; 08009 Barcelona (93) 207 50 00
Pz. Mariano Benlliure, 5; 46002 Valencia (96) 394 24 28 • Lineros, 8; 41004 Sevilla (95) 422 88 23

90 PLAZAS

CORREOS Y TELÉGRAFOS

Convocadas (BOE 20.7.93) para Cuerpo Superior Postal. Para Licenciados. Retribución: 200.000-500.000 pts./mes.